



Metropolitana José de Buenos Aires y Sudamérica

HOMILIA

Domingo del Apostol Lucas

“Señor, hasta los demonios se nos someten en tu Nombre”

En este domingo dedicado a la memoria del Apostol Lucas, el tema principal de la perícopa evangélica es el apostolado.

“Apostol” es el “enviado”. El “apostolado” consecuentemente encuentra su raíz – su núcleo y su perfección- en el **“envío primigenio y fundamental”** que es aquel del Logos Eterno del Padre, es decir la “Economía” del Hijo sobre la tierra. Pero la “Economía” del Hijo no puede ser sino fundamentalmente “trinitaria”, por lo cual la raíz última de esta “misión” -ἀποστολή- es el Dios Unitrino que en su expansión filantrópica y perfectiva *ad extra* **participa** también a los rescatados en la misión precisamente de ser rescatados.

El apostolado, pues, es un carisma -χάρισμα- que se realiza, se ejecuta en el **envío-misión** -ἀποστολή-, que es una **proyección** en el tiempo y espacio de la primigenia Providencia del Cristo-Mesías por la iniciativa del Padre y en el Espíritu Paráclito. Los apóstoles, pues, con la iniciación del Cristo y la perfección del Paráclito se convierten en imágenes vivas, en múltiples semejantes, en herederos directos, del “Enviado Trinitario”, por el Cual actúan en su **“lugar” y “tipo”** -εἰς τόπον καὶ τύπον Χριστοῦ.

Como antes dije, esa **“proyección”** aquí y ahora de la misión trinitaria por parte de los “enviados” es necesariamente una **“participación”** -συμμετοχή- en el impulso creativo-providencial de la Deidad que se **rebasa** para **darse** al resultado de ese voluntario impulso pleno de Éros-Agape. Así, el origen del apostolado implica **“comunidad”** con la fuente del mismo en una **“cadena de mando”** que emana desde la Deidad misma y es comunicada –transmitida- con un concreto **orden** a todos aquellos seres racionales que participan voluntariamente –puesto que son electos por Dios mismo ¡valga la paradoja!- en el mismo.

Hago mención en este punto al concepto de **jerarquía** -ἱεραρχία. A la jerarquía el Divino Dionisio la describe como **“orden sacro”**, es decir la organización de todos los seres creados teniendo como principio y fin a la Deidad. De esta manera, toda la creación –corpórea e incorpórea hecha a imagen y semejanza del Arquetipo- se

configura de acuerdo a este orden, a esta **manera particular de relacionarse** que siempre **transmite** las perfecciones y la iluminaciones trascendentales de manera triádica, desde los órdenes mayores a los menores. Para el Areopagita toda la creación refleja en sí misma y en sus funciones a este *orden supremo y sacro* que se destaca por la **participación mutua** de los seres entre sí y con la Deidad a través del orden, que se expresa a través de tres perspectivas: **1. la configuración** –la estructura y su forma-, **2. la ciencia** –el conocimiento- y **3. la acción-realización** –la “energía” que se basa nuevamente en aquella participación en los progresos divinos increados de acuerdo a la receptividad de los seres entres estadios: purificación-iluminación-glorificación.

La jerarquía divina-celeste –aquella propia de los incorpóreos- que también ostentan una determinada **“misión”** en el orden providencial, se refleja en su “análoga” contraparte terrestre, llamada “eclesiástica” –que es la propia de los hombres, inaugurada y perfeccionada por Jesús. La ejecución-realización de la jerarquía **eclesiástica-apostólica** es siempre **“hierúrgica”** es decir **“iniciática-mistérica”**, en cuanto que siempre **“transmite”** de manera **“teantrópica”** –en terminología occidental “sacramentalmente”- los divinos progresos – o energías- increados a todos los hombres a través de la celebración -ἱεραουργία- de los **misterios-símbolos** por los **ejecutores-celebrantes** -ἱεραουργοῦντες- que necesariamente se ordenan de acuerdo a su misión. De ahí que tengamos, perfeccionadores, iluminadores y purificadores.

Como antes subrayé, principio y fin de esta jerarquía y de sus diversas funciones es el Arquetipo, el único archisacerdote por naturaleza Cristo-Jesús. Éste mismo ha transmitido de manera directa esta **“función-misión-apostolado”** a sus seguidores más estrechos y éstos a su vez, a sus sucesores en una línea sucesoria que llega a través de los siglos a nuestros días, en los cuales los obispos, cual archisacerdotes, son los sucesores directos de los apóstoles, quienes conforman el principio eclesiástico local y transmiten y delegan ciertas funciones de acuerdo al orden a los demás clérigos –presbíteros y diáconos.

Como se puede comprender desde esta visión teñida por los espléndidos colores dionisiacos, la misión del apóstol se identifica con la participación en la Deidad; **es un continuo proceso de apertura y dilatación de la receptividad espiritual hacia los divinos resplandores a través de todas las prácticas que la iglesia propone como medio para llegar a poder amar incondicionalmente en clave triádica: a sí mismo, al prójimo, a la Deidad.** Luego, el apóstol transmite **“lo vivido”** –la Prenda- ἡ Παρακαταθήκη- es decir Dios mismo, que se sirve de ese órgano para ser comunicado a todos.

El apóstol transmite a Cristo porque lo ha conocido, lo ha vivido y, por ende, lo posee, así como él es poseído por su Maestro: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos referente al Verbo de Vida, ²la Vida que se ha manifestado, y que nosotros hemos visto y de la que damos testimonio, es la que nosotros les anunciamos a ustedes: la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos ha manifestado. ³Así que, lo que hemos visto y oído es lo que les anunciamos a ustedes, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Porque nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo*

Jesucristo. ⁴ *Les escribimos estas cosas, para que el gozo de ustedes sea completo.*” (I Jn. 1:1-4)

Parte esencial –aunque necesariamente posterior- de la **“misión”** es la **“proclamación”** –τὸ κήρυγμα. Puesto que el apóstol es por excelencia **“teólogo”**, en cuanto ha sido iniciado y ha participado del Misterio, debe dar cuenta de **“lo visto”**, **“lo degustado”**, **“lo recibido”** para toda la comunidad de iniciados y santos. Lo hace dando **testimonio** –μαρτυρία- para todos los hombres: *“Por tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí que estoy entre vosotros todos los días hasta el fin de los siglos. Amén”* (Mt. 28: 19-20). Esa **transmisión vivificante** en cuanto misteriosa y redentora también es llamada **“Tradición”** –Παράδοσις. Los apóstoles no transmiten una enseñanza teísta, principios morales y éticos, usos y costumbres propios de una religión; ¡No! Los apóstoles transmiten a Cristo mismo a través de su propia vivencia con Él. Y sus sucesores hacen lo propio a través de la vivencia espiritual a través del Paráclito, así como Pablo o el mismo celebrado hoy apóstol Lucas.

Lucas no conoció a Jesús personalmente, pero se lo considera como apóstol en cuanto es sucesor de aquellos que recibieron “la Prenda” –el Cristo-Mesías- y se la transmitieron de manera misterioso-jerárquica. El mismo se hizo digno de recibirla y por ello se convierte también en su evangelista. Hubo muchos hombres que conocieron en persona al Cristo-Mesías, pero no todos son sus apóstoles. La apostolicidad, en última instancia, no reside en el criterio del contacto físico –*allá y entonces*- con el Cristo-Mesías, sino con el contacto místico-espiritual *“aquí y ahora”*: